

Guerras culturales

La vida intelectual norteamericana, 1965-1990

Segunda parte

Daniel Bell

Traducción de Francisco Segovia

IV

Para el intelectual, en el principio era la palabra; y la palabra es la verdad, el poder y la gloria. La competencia por estas preas conduce, inevitablemente, a la guerra de las palabras. Durante la década pasada podemos identificar en la arena intelectual tres *kulturkämpfen* distintas, pero que a menudo rompen por sorpresa las viejas líneas.

1. *Neocons vs. paleocons*. Estas rasposas abreviaturas para neoconservadores y paleo(viejos)conservadores tendrían escaso interés si no fuera por las horribles manifestaciones de antisemitismo que han emergido a la superficie durante su controversia.

Los conservadores se sintieron irritados durante años por la condición de marginados que tenían en la vida intelectual norteamericana. El escritor Russel Kirk había izado el estandarte del conservadurismo en 1953; su libro, *The Conservative Mind*, recibió atención debido a que había renacido el interés por Edmund Burke y a que el mismo Kirk creía en el orden y la tradición, en la jerarquía y la autoridad, así como en los conceptos de una sociedad orgánica (cosa extraña en una sociedad plural y de inmigrantes como la de los Estados Unidos, que parecía repetir el eco del famoso manifiesto de los Agraristas del Sur (1933) —entre los que se contaban John Crowe Ransom, Allen Tate, Robert Penn Warren y Cleanth Brooks— y su ataque al duro industrialismo que concebían como quebrantador de las tradiciones del Viejo Sur).

Sin embargo, el conservadurismo hizo su entrada en la escena nacional con la aparición de *The National Review* y la caprichosa brillantez de su director, William F. Buckley Jr. Pero, más que una única posición filosófica conservadora, el alma de *The National Review* estaba puesta en su anticomunismo y en su consejo de redacción, formado por un grupo de intelectuales que antes habían sido comunistas o trotskistas, como Whittaker Chambers, James Burnham, William Schalm y Frank Meyer. No cabe duda de que el capitalismo de libre mercado, quebrantador en todo de la tradición, se avino siempre mal con las posiciones organicistas de, digamos, un Richard Weaver, eminencia gris del pensamiento conservador, para no hablar de la visión libertaria de una Ayn Rand, que había sido congelada por *The National Review* debido a sus posturas antirreligiosas. Fue la política, no la filosofía, lo que puso al conservadurismo en la palestra.

La aparición de los *neocons* —grupo capaz y articulado—

durante los años setenta dotó al conservadurismo de un nuevo vocabulario y de una nueva prominencia. Pero sus escritos estaban marcados más por el escepticismo que por una orientación filosófica. En la medida en que puede decirse que en el movimiento había un telón de fondo filosófico, éste estaba formado por los escritos de Leo Strauss, un filósofo político de la Universidad de Chicago. Strauss atacaba el subjetivismo de la modernidad y enseñaba que había que buscar las ideas básicas de virtud y excelencia en los escritos políticos clásicos. En torno a las obras de Strauss se ha formado un poderoso grupo de exégetas y, a partir de ellos, un séquito de jóvenes acólitos que hoy por hoy ocupan posiciones decisivas en la rama ejecutiva del gobierno republicano. Su discípulo más famoso es Allan Bloom, de la Universidad de Chicago —cuyo libro sobre educación, *The Closing of the American Mind*, resultó un sorprendente *best-seller*—, quien a su vez tuvo por discípulo a Francis Fukuyama, que cobró amplia notoriedad por su ensayo "The End of History", luego convertido en libro. Irving Kristol reconoce la influencia de Strauss.

El éxito de los neoconservadores —que han llamado la atención de los intelectuales y han logrado influir en un importante número de fundaciones conservadoras para que financien una miríada de revistas, organizaciones y congresos neoconservadores— ha irritado a los *paleocons*, que se han sentido desplazados de las primeras filas de la política. Los antagonismos hicieron su primera aparición pública en 1981, cuando los *paleocons* propusieron a M. E. Bradford, un profesor de la Universidad de Dallas, Texas, como presidente del National Endowment for the Humanities —la mayor de las organizaciones gubernamentales que financian proyectos intelectuales. Bradford había denigrado a Abraham Lincoln en un escrito académico, se había opuesto al Acta de Derechos Civiles de 1964, que abolió la segregación racial, y había apoyado dos veces la candidatura para presidente de George Wallace, un segregacionista de Alabama. Los *neocons* propusieron a William Bennett, entonces director de una organización privada en Carolina del Norte, el National Humanities Center. Después de una amarga batalla pública, fue elegido Bennett (que más tarde fue nombrado Secretario de Educación, durante el gobierno de Reagan, Zar de las pastillas en el de Bush, y que ahora forma parte de *The National Review*).

Estos antagonismos se apagaron durante una década, pero irrumpieron más abiertamente durante los últimos años,

cuando los viejos temas ideológicos habían cedido terreno. En una reunión de la Philadelphia Society, Stephen Tonsor, de la Universidad de Michigan, identificó al conservadurismo con el cristianismo y al neoconservadurismo con la "encarnación de la modernidad entre los intelectuales judíos secularizados". (Es sorprendente que dos de los pensadores neoconservadores más importantes sean protestantes: Peter Berger, de la Universidad de Boston, que ha escrito varios libros muy profundos sobre religión, y el padre Richard John Neuhaus, director de *First Things*.) Por lo demás, Russell Kirk, avatar de los *paleocons*, ofreció una charla en la Heritage Foundation —una agresiva organización de derecha; cuyo director de investigaciones, Burton Pines, es judío—, donde afirmó que la preservación de Israel "está detrás de todo" aquello en lo que creen los *neocons* y que "no rara vez ha parecido que algunos eminentes neoconservadores confundían Tel Aviv con la capital de los Estados Unidos".

Israel es el meollo de la cuestión, y lo que pudo haber sido una acalorada disputa alrededor de una mesa de té —en la que los viejos y los recién llegados se disputaban los lugares de privilegio en las bancas de la política— se ha convertido ahora en un asunto público, abierto y virulento. El hombre que ha conducido las cosas hasta este punto es Patrick J. Buchanan, que antes escribía discursos para Nixon y Reagan y hoy es una figura de la televisión y publica en muchos periódicos a lo largo y ancho del país. Los discursos de Buchanan se han convertido en la piedra de toque de aquellas secciones del electorado compuestas por cascarrabias, fundamentalistas y frustrados.

Buchanan, que tiene la personalidad alborotadora y beligerante del "macho" —muy cervicero de espíritu, si no de cintura, como Franz Josef Strauss—, tomó una posición aislacionista frente a la Guerra del Golfo y acusó a los judíos de encabezar la llamada a la intervención norteamericana. "Sólo hay dos grupos que baten los tambores de guerra en el Oriente Medio —dijo en un programa de televisión—: el Ministerio de Defensa de Israel y su último rincón en los Estados Unidos." Y en una de sus columnas, publicada nacionalmente por varios periódicos, agregó a los neoconservadores diciendo: "Si no hubiésemos cometido un terrible error al sacar de la calle a los vagabundos ideológicos y ofrecerles un cálido lugar junto a la chimenea".

La virulencia de estas declaraciones ha desatado una crisis en las filas del conservadurismo. "¿De qué lado estás?" se ha convertido en una pregunta con la que todos los escritores conservadores se ven obligados a enfrentarse. En un angustioso ensayo de cuarenta y dos páginas, publicado en un notable número especial de *The National Review*, William F. Buckley exploró las ramificaciones de dicha pregunta y concluyó, en parte, que Buchanan ha "dicho cosas sobre los judíos que no pueden interpretarse razonablemente más que como antisemitas por su tono y su contenido". Buckley trajo a cuento, así, un ominoso corolario: hace diez años, Buchanan no habría podido hacer públicas sus afirmaciones; la sombra de Auschwitz se está desvaneciendo y ya no inhibe las expresiones de franco antisemitismo. Igual que el suprimido tema de la raza, propuesto por un miembro del Ku Klux Klan, David Duke, y los crecientes aislacionismo y ataques a los extranjeros, el resurgimiento del antisemitismo anuncia una posible época de oscuridad en la vida norteamericana.

Hasta ahora es sólo una nubecilla, pero el hecho de que intelectuales y divulgadores prominentes —e incluso casi todos los *paleocons*— estén dispuestos a usar públicamente estos asuntos lo hace a uno temer las tormentas políticas que se avecinan.

2. *Liberales y comunitarios*. Si la desagradable batalla que han entablado *neocons* y *paleocons* se desarrolla mayormente en los corredores del poder y las influencias en Washington, la disputa entre libertarios y comunitarios ocurre dentro de la torre de marfil de la filosofía política, y sólo en una segunda instancia se derrama sobre la política social. En sentido amplio, ambos campos son "liberales", en cuanto tienen un punto de vista meliorista, pero uno de los extremos de su espectro tiende hacia un individualismo libertario mientras que el otro se inclina a definir a la comunidad por encima de los derechos individuales.

Habría que empezar, probablemente, por los "jugadores", para luego ubicar las distintas posiciones que intervienen en la disputa. Del lado liberal —en la medida en que toman al individuo como cimiento de sus filosofías— están las viejas figuras, como John Rawls y Ronald Dworkin. Un grupo más joven y activista tiene como centro una nueva revista política, codirigida por Paul Starr —un sociólogo de la Universidad de Princeton— y Robert Kuttner —un economista. La revista, llamada *The American Prospect*, se erige en oposición a *The Public Interest*. Una de las preocupaciones de Starr ha sido distinguir al liberalismo del socialismo, pues el liberalismo de la Nueva Izquierda ha sido vagamente concebido como una forma de socialismo reformista. Del lado comunitario quedan Michael Sandel, Robert Bellah y Alasdair MacIntyre, mientras que la voz divulgadora es la de Amital Etzioni, un sociólogo de la Universidad George Washington, que edita una revista, *The Responsive Community*. A un lado del primer grupo (¿a la izquierda o a la derecha?) quedan los libertarios como Robert Nozick, que había defendido la idea del Estado mínimo (y ha modificado recientemente su posición) y el Cato Institute de California, donde un grupo apoya un completo *laissez-faire* en todos los campos, del económico al moral, donde se incluye, por ejemplo, la legalización de las drogas. (Habría que señalar que algunas personas a menudo consideradas conservadoras, como el líder del mercado libre, Milton Friedman, también apoyan la legalización de las drogas, por prudencia o sobre una base liberal.) En el borde, tal vez ya fuera del espectro, se hallan los seguidores de Ayn Rand, que se adhieren a la libertad individual, basada en la razón, en todos los campos. Si puede decirse hay alguna posición más allá del extremo de los comunitarios, ésta sería la de aquellos que se unen al "republicanismo cívico" tal como lo han formulado el filósofo político inglés Quentin Skinner y el historiador de las ideas norteamericano J. G. Pocock —aunque su creciente influencia se ha sentido más en los terrenos de la historia de las ideas y los lenguajes de la teoría política que en temas contemporáneos explícitos.

Rousseau ha sido quien mejor ha expresado el meollo de este problema, que consiste en el dilema planteado por el hecho de que el hombre moderno es al mismo tiempo *bourgeois* y *citoyen*; tiene intereses personales egoístas y, a la vez, obligaciones para con su comunidad. La respuesta que ofrecía Rousseau consistía en disolver el egoísmo haciendo que cada persona cediera todos sus derechos en nombre de la

voluntad general, que así se convertiría en el único sujeto moral (*El contrato social*, capítulo VI). En el otro extremo se colocaba Jeremy Bentham, que afirmaba que la comunidad era una "ficción" y que la sociedad estaba formada sólo por los individuos, cuyos deseos se expresan según sus preferencias utilitarias. (O, según la forma en que el utilitarismo ha sido reformulado por un filósofo analítico contemporáneo de Harvard, Thomas Scanlon: "los únicos hechos morales fundamentales son hechos que conciernen al bienestar individual y [...] algo resulta moralmente importante sólo si representa el bienestar de alguien".)

En el lenguaje de la filosofía política contemporánea, el problema se ha planteado como una oposición entre *correcto* ("right") y *bueno* ("good"). En su libro *Liberalism and Its Critics*, Michael Sandel, de Harvard, critica al individuo abstracto del contrato ficticio de Rawls arguyendo que en "ausencia de propósitos comunes" sólo existe un "caos moral" y que un individuo sólo puede ser tratado en cuanto miembro de una comunidad en cuyas ligas sociales está inserto. Alasdair MacIntyre —un filósofo peripatético que, luego de estudiar un total de 57 variedades de modernismo contemporáneo, ha vuelto a la roca firme de la virtud cívica aristotélica— hace énfasis en las "actividades compartidas" y las "concepciones compartidas", "socialmente establecidas", del arte y la política. El tema recurrente en estos tres puntos es su cimiento subyacente: los "bienes comunes".

Pero, en una sociedad plural, ¿hasta dónde llegan las "concepciones compartidas" y qué tan común es el bien común? Se han hecho algunos esfuerzos por establecer lo que podría llamarse "posiciones mediadoras". Michael Walzer, como expliqué antes, acepta las particularidades de cada campo y los distintos principios de la justicia distributiva, pero intenta evitar que la posición en un campo se convierta en una ventaja al pasar a otro. En un libro colectivo, titulado *The Good Society*, Robert Bellah —un influyente sociólogo de Berkeley— y sus colegas han señalado, como prioridad para las asignaciones sociales, la necesidad de reforzar las *instituciones*, que son las que dan estructura y ligazón a la sociedad, más que las desbordadas peticiones de los individuos. Con todo, el énfasis sobre la comunalidad puede aún fracasar como respuesta a los temores expresados alguna vez por Reinhold Niebuhr, quien pensaba que el "egoísmo colectivo" (e.g. nacionalismo o sindicalismo) puede resultar peor que el "egoísmo individual" a la hora de tergiversar la naturaleza de la justicia distributiva.

Las respuestas liberales a estos dilemas son de dos clases. Una es la de Isaiah Berlin, que argumenta que en toda sociedad existe, intrínsecamente, una pluralidad de fines o valores que irremediabilmente chocan entre sí (e.g. el principio de merecimiento, que otorga un sitio de acuerdo con los logros, y un principio de atribuciones basado en la compensación de injusticias pasadas, base de la acción asertiva) y que en cualquier sociedad liberal la centralidad debe constituir el marco de *procedimiento* que aliente las negociaciones. Una tesis diferente pone el acento sobre la distinción entre los ámbitos privado y público y propone por una parte, como ha hecho quien esto escribe, un "hogar público" para los problemas en la distribución de bienes y, por la otra, que el ámbito privado de la moral y la conducta personal se deje a la libre anuencia de los individuos.

Gran parte de este debate ha tenido lugar en los abstractos dominios de la filosofía política, y muy rara vez las posiciones en conflicto han acabado por tomar una posición consistente sobre temas de política pública, como la pornografía, las drogas, la acción asertiva, los límites de la expresión artística, el aborto y otros asuntos similares. En la medida en que se pudiera distinguir una consistencia, ésta tendría unos lineamientos como los que siguen:

—Los liberales pretenden alguna regulación de la economía, pero pocas restricciones en el campo moral.

—Los comunitarios pretenden una regulación del mercado económico, pero también algunos controles sobre la conducta social y la restricción de algunos derechos.

—Los neoconservadores quieren un mercado libre en la economía, pero un tutelaje social en el campo moral.

—Los libertarios quieren un mercado libre en lo económico y en todas las demás esferas de la conducta privada.

Así, Michael Sandel y muchos grupos feministas permitirían que las comunidades frenaran la pornografía y Sandel limitaría el poder que tienen las empresas para cerrar sus plantas. Mary Ann Glendon, una conservadora comunitaria que enseña leyes en Harvard, quiere fortalecer a la familia a través de un amplio espectro de programas de apoyo. Niega que la crianza de los niños sea sólo una cuestión de "estilo de vida" y, con el fin de ofrecer una ayuda impositiva que permita a las madres permanecer en casa, le gustaría restar importancia a los programas que se ocupan de los niños durante el día. Amitai Etzioni afirma que la defensa de los derechos individuales ha llegado tan lejos que ha hecho cojear el trabajo que realizan las autoridades sanitarias (como los análisis de SIDA) y la policía. La cuestión del aborto es la más espinosa pues, aunque la mayoría de los liberales lo apoyan durante los tres primeros meses de gestación, sus opiniones se dividen después de ese periodo según la posición religiosa que adopten en cuanto a la "libre elección".

Hay que subrayar, sin embargo, que estos debates tienen lugar dentro de un contexto muy diferente del de las enfebrecidas ideologías de los últimos cincuenta años, que defendían el socialismo o el capitalismo. En general hay un amplio consenso en cuanto a la idea de una sociedad civil y una economía de mercado. El mercado subraya necesariamente el papel de los individuos y las empresas a la hora de responder a la fluctuación de precios y en el momento de modelar las dotaciones según sus demandas (aunque la equidad depende de la distribución del ingreso, pues es ésta lo que permite a los individuos competir más justamente en la conformación del patrón de demandas). La sociedad civil subraya el papel de las instituciones y las asociaciones voluntarias independientes del Estado, por medio de las cuales los individuos pueden trabajar colectivamente para alcanzar fines comunes. En todas estas instancias el problema consiste en qué clase de balance se puede establecer dentro de la naturaleza competitiva de los distintos fines.

3. *Multiculturalismo, canon y corrección política.* Durante muchos años, la más amarga *kulturkampf* se ha dado alrededor de los siguientes problemas —¿o debería uno decir "etiquetas"?—: multiculturalismo, corrección política, canon, eurocentrismo, deconstruccionismo y otros términos igualmente oscuros de lo que San Agustín llamó alguna vez "el bazar de la locuacidad".

Estas discusiones han tenido lugar principalmente en las universidades, sobre todo en el campo de las humanidades y en la definición de los cursos "medulares" sobre civilización, obligatorios para todos los estudiantes. En las escuelas primaria y secundaria, sobre todo en ciudades donde el control está en manos de las minorías (negros e hispanos), la disputa se ha centrado más claramente en el programa educativo, y específicamente en torno a los libros de texto que tratan de la historia de los Estados Unidos. En cuanto a la política, el conflicto se ha concentrado en las organizaciones gubernamentales que financian proyectos culturales, como el National Endowment of the Humanities y el National Endowment of the Arts, que subvencionan a teatros y museos. (Sin embargo, las disputas no han tocado a la National Science Foundation y, por otra parte, han cedido terreno los movimientos del tipo de "ciencia para el pueblo", que lanzaron violentos ataques contra la sociobiología o la genética de lo inherente. Ninguno de los conflictos antes mencionados irrumpió en las ciencias sociales, en los campos de la economía y el gobierno.)

Quizá detrás de todo esto haya un cambio más grande y difuso en el clima cultural, donde un populismo —e incluso un relativismo— cultural ha tomado las riendas. Esto queda representado por el ataque contra "el canon" —es decir, contra la idea de que hay un cuerpo de obras creativas y moralmente cruciales que toda persona educada debería conocer (¡o saber de ellas!)—, la desaparición de la diferencia entre "alta cultura" y "baja cultura" y la difusión de un punto de vista (cuyo representante más fuerte es el deconstructivismo) que sostiene que no puede existir una lectura autorizada de un texto, o que la intención del autor no es relevante para la comprensión del texto y que la respuesta del lector es el punto de partida fundamental para el análisis de un texto. Hasta cierto punto, el hecho de que esto no sea más que una caricatura de la investigación hermenéutica sería, incluso del propio "deconstructivismo", no viene a cuento aquí, pues es la voz popular la que habla más fuertemente a su favor, y en los ataques.

Mucho de esto se mezcla, sin embargo, con un término de moda, "postmodernidad", que, dada la contradicción de sus significados en arquitectura, literatura, pintura y otras artes —el revoltijo de estilos pasados y presentes en arquitectura, la mezcla de figurativismo y abstraccionismo en pintura, el uso consciente del pastiche y la parodia en otras artes y el prolijo empleo de todos los modos (pop, dadá, minimalismo) y piruetas para hacer estallar todas y cada una de las definiciones académicas y tradicionales de los géneros— permite que todos y cada uno de ellos se presenten como igualmente relevantes —¿relevantes con respecto a qué?

Mientras que estas modas han calado en toda Europa y en la "sociedad burguesa" —¿en qué otra sociedad hubiera sido esto posible?—, en la cultura norteamericana han tenido tres vertientes distintas:

—estética: la difusión de un relativismo que rechaza la idea de criterios y juicio en el arte;

—sociológica: la sustitución del término "clase" por los de "raza" y "género" como divisiones sociales pertinentes tanto para la sociedad misma como para la esencia del poder;

—filosófica: la negación de la cultura occidental como fuente de nuestras preguntas básicas en epistemología, moral y política, y la interpretación necesaria del programa universitario.

En los debates que han atormentado al mundo cultural durante ya muchos años, el "deconstructivismo", según la formulación inicial de Jacques Derrida, ha sido considerado como *fons et origo* de la actitud nihilista. Pero esto es un error intelectual. El deconstructivismo no es más que una de las muchas corrientes surgidas en las últimas décadas con la intención de establecer los medios necesarios para decodificar un texto. La cuestión del significado constituye el problema más viejo e irritante de la historia de la filosofía y la literatura. La hermenéutica, tal como la practicaban el Talmud y Agustín, es uno de los más antiguos métodos para establecer niveles de significado y descubrir un sentido oculto bajo la superficie. La metafísica crítica inaugurada por Kant invirtió la "teoría imitativa" del conocimiento y estableció que las construcciones del entendimiento (i.e. las categorías *a priori*) eran el medio por el cual se ordenaba el flujo de las percepciones. De Dilthey a Mannheim o Schutz hemos asistido a la defensa de las categorías históricas o sociales como conceptos básicos. El ataque de Dewey contra la búsqueda de la certeza, el desafío de Quine al isomorfismo de mundo y objeto y el énfasis del último Wittgenstein en el significado en el contexto del uso han sido parte del antifundamentalismo de la filosofía moderna.

En nuestros días hay muchos esfuerzos por replantear un texto en categorías extraliterarias: el marxismo y su "desmistificación" de las relaciones formales y legales; el psicoanálisis y su esfuerzo por revelar el inconsciente y las raíces sexuales de los motivos desplazados; el estructuralismo, de Saussure a Lévi-Strauss, y su enunciación de las propiedades formales del lenguaje mismo con el fin de establecer un sistema de relaciones literarias y sociales.

Con Derrida sobreviene lo que Morris Dickstein ha llamado "el vértigo de la interpretación". El deconstructivismo no es, como afirman sus acólitos, "destrucción", sino des-construcción, un esfuerzo por minar tanto la construcción como la destrucción, asumiendo una posición adversa hacia ambas. Como en una vuelta al antiguo pirronismo, el deconstructivismo busca revelar las contradicciones internas del texto, socavar su coherencia rechazando toda idea de un sentido privilegiado, y derruir las "jerarquías" —la preponderancia de la naturaleza sobre la cultura, lo masculino sobre lo femenino, el habla sobre la escritura. Como todo nuevo culto, tiene su propio lenguaje hermético, que uno debe aprender para poder participar de sus misterios elusivos —*différance*, ausencia/presencia, *aporia*—, y un equipo de hierofantes encargado de instruir a sus iniciados. Un delicioso modo de tener un pastel propio y desmigajarlo.

Lo que hizo atractivo al deconstructivismo —aparte de su afirmación de que la naturaleza del lenguaje figurado, o los tropos que extienden el sentido de las palabras, es la clave primordial del entendimiento (y así, para algunos teóricos literarios, la ciencia es una mera "retórica", no una ordenación de la naturaleza)— fue que algunos escritores lo asociaron a la obra de Michel Foucault y a los esfuerzos de éste por eliminar el "sujeto" cartesiano en cuanto encarnación del ego burgués ("de - construir" al Hombre, en sus propios términos) y de este modo destruir el humanismo y cualquier afirmación del poder del hombre sobre la naturaleza. Lo que dio a esta filosofía una explosiva publicidad fue la noticia de que Paul de Man, el mistagogo del deconstructivismo en los Estados Unidos, había escrito en su juventud unos cuantos

artículos pronazis y antisemitas en los que negaba a los judíos un sitio en la cultura europea, y de que hasta su muerte nunca había dicho nada sobre ello a sus colegas de Yale, muchos de los cuales eran judíos. Los intentos de relacionar la vida de De Man con sus teorías se convirtieron en objeto de enconadas polémicas en los estudios literarios norteamericanos.

Los movimientos del tipo del deconstruccionismo han dado lugar a muchos ataques contra la tradición y el pensamiento establecido. El más extendido ha sido el ataque al "canon", a la idea de que hay un cuerpo literario que se coloca aparte de las vicisitudes de tiempo y lugar y está más allá de las particularidades de cultura y clase. Pero la negación de este "canon" es más que un mero rechazo de cualquier grupo de obras que reclamen para sí el título de obras maestras: es el franco repudio a la mera idea de que un canon *cualquiera*, o un conjunto cualquiera de juicios, sea posible. Una de las nuevas fuentes de esta visión es la afirmación de que el canon ha sido modelado por normas literarias patriarcales, blancas, masculinas. Barbara Herrnstein Smith, de Duke, ex presidenta de la Modern Languages Association (la organización profesional en este campo) escribe: "Las minorías y las mujeres perciben y experimentan el mundo de un modo distinto. Estas perspectivas chocan hoy con las de los hombres blancos". *The Norton Anthology of Literature by Women* sale a la caza de una evidencia que muestre, a lo largo de los siglos, la "separación intrínseca y particularidad única" de las mujeres en cuanto escritoras. Es innegable que puede existir tal evidencia, pero en nombre de ella se evita cualquier juicio sobre la calidad, lo mismo que el *dictum* de Virginia Woolf, según el cual el pensamiento y la imaginación no tienen género sino que juntos constituyen la fraga común del talento creativo.

Estos ataques han sido ampliados por Houston Baker —teórico de la literatura negra en la Universidad de Pennsylvania y presidente entrante de la Modern Languages Association—, quien concibe la lectura y la escritura como "tecnologías de control" y acusa a la literatura que se lee en las escuelas de perpetuar "la hegemónica organización occidental del conocimiento". Escoger entre Virginia Woolf y Pearl Buck, ha dicho, "no es distinto de [elegir] entre un pepito y una pizza".

Con todo, lo que resulta sorprendente es que "minorías" y "mujeres" sean tomadas como términos genéricos, como si no hubiese diferencias dentro de cada uno de estos grupos. Ocurrió como hace sesenta años con la crítica literaria marxista que separaba a los escritores en dos categorías: "burgués" y "proletario". (¿A quién le suenan hoy en día los nombres de los "escritores proletarios" norteamericanos de los años treinta —como Jack Conroy, Robert Cantwell, Clara Weatherwax, Fielding Burke o Grace Lumpkin, mujeres las tres últimas— sobre todo comparados con los escritores "burgueses" de la época, como Hemingway, Faulkner y Fitzgerald?) Del mismo modo se borra la frontera entre alta y baja cultura y ambas, como la pintura y el cine, son interpretadas como "reflejos" de su época. Resulta irónico que una sociología vulgar, expulsada de la sociología del conocimiento hace una generación, vuelva tan estridentemente a través del prisma de la cultura popular. Pero es así como incluso la memoria histórica ha sido borrada.

La politización de estos temas ha surgido a partir de los

intentos de introducir la educación "multicultural" en las escuelas, desde las primarias hasta las universidades. Los Estados Unidos, en sí mismos una nación de inmigrantes, se han mostrado hospitalarios con tales esfuerzos, especialmente en los libros de texto de los últimos años, que han sido revisados con el fin de exponer las experiencias de los diversos inmigrantes. Pero los esfuerzos más recientes llevan un camino diferente y, en particular, atacan a la civilización occidental, a la que acusan de ser un "imperialismo cultural". Según afirma un escritor negro, la liberación no será posible "hasta que sea roto el monopolio blanco sobre las mentes negras". El programa educativo eurocentrista, afirma Molefi Kete Assante, está "matando a nuestros niños, matando sus mentes".

Esta posición ha ganado impulso gracias al trabajo realizado por Martin Bernal —un sinólogo británico que actualmente enseña en Cornell— en un libro titulado *Black Athena*. En él, Bernal argumenta que lo que llamamos civilización occidental empezó en Egipto, que es parte de África, y que el pensamiento griego y otros de los cimientos de las ideas occidentales fueron derivaciones de la civilización africana. Esta afirmación constituye hoy en día la base de los programas de estudios afroamericanos en las escuelas de los Estados Unidos.

En muchas universidades norteamericanas esto se ha convertido en una "ortodoxia progresista" y los intentos de poner en tela de juicio sus puntos de vista caen a menudo en lo que ahora se denomina "corrección política". (La última edición del *Webster's Collegiate Dictionary* define la corrección política como "marcada por o adherida a una ortodoxia progresista típica en cuestiones relacionadas, especialmente, con la raza, el género, las preferencias sexuales o la ecología".) De acuerdo con los datos que ofrece Dinesh D'Souza en su libro *Illiberal Education* —una exposición conservadora de estos temas—, más de cien universidades tienen hoy "códigos de habla" que prohíben cualquier expresión racialmente ofensiva o "sexualmente estigmatizante". Así, la atmósfera política y social de la mayoría de los *campus* universitarios —predominantemente liberales en apariencia— desalienta la expresión de comentarios "sexistas", "homofóbicos" o "raciales".

Incluso ha sido puesta en tela de juicio la Primera Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos, que garantiza la libertad de expresión. Como escribió Stanley Fish —el locuz líder de las guerrillas literarias— en la *Boston Review*:

...palabras y frases y conceptos... originadores de una política [progresista de izquierda] han sido usurpados por las fuerzas del neoconservadurismo. Esto resulta especialmente cierto en cuanto al concepto de libertad de expresión, [que] ha sido empleado para justificar políticas y acciones que la izquierda considera problemáticas, si no aberrantes: la pornografía, el lenguaje sexista, el lenguaje de odio de los *campus*... En resumen, la libertad de expresión no es un valor independiente sino un logro político y, si ese logro ha sido confiscado por los políticos opuestos [a la izquierda], no puede ya ser invocado de modo que dé impulso a los propósitos [de la izquierda] y constituye un obstáculo para tales propósitos.

Un extraño eco, diría uno, de los comentarios que hacía Herbert Marcuse en *El hombre unidimensional*, hace casi treinta años, cuando decía que la sociedad burguesa practica

una "tolerancia represiva" dando libertad a los artistas para así controlarlos mejor.

V

¿Cómo se podría evaluar la seriedad de las cosas que ocurren en la vida intelectual norteamericana? Como fuerza literaria y moda intelectual, el deconstruccionismo ya ha comenzado a perder impulso. Su insistencia en que, más que una relación con la realidad externa, un texto posee un conjunto autocontenido o contradictorio de diferencias internas suele acabar en un logorrico cúmulo de juegos de palabras. Su interés está perdiendo terreno ante el "nuevo historicismo", representado, por ejemplo, por la obra de Stephen Greenblatt, de Berkeley, que lee los textos literarios y la historia de acuerdo con las convenciones lingüísticas de su época. El marco analítico con que estudia los actos de lenguaje y los performativos empleados en la expresión ilustra la creciente influencia de John Austin en la filosofía y de Quentin Skinner en el pensamiento político. Sea cual fuere su problemática relación con el radicalismo (que en cualquier caso sería una dimensión generacional), el nuevo historicismo representa una vuelta a la literatura y al mundo, más que a la teoría y a los tropos.

Pero el deconstruccionismo pudo haber recibido un golpe psicológico y a fin de cuentas moral en 1986, con la divulgación de que Paul de Man había escrito más de cien artículos para una revista colaboracionista belga, donde acusaba a los judíos de ser ajenos a la cultura europea y elogiaba el "alma hitleriana". Es cierto que las doctrinas no están íntegramente relacionadas con el hombre (aunque T. S. Eliot hizo algunos comentarios antisemitas y Ezra Pound coló en sus poemas algunas de sus estrafalarias ideas monetarias y "antijudías"). Con todo, algunos de los iniciadores y aplicadores del deconstructivismo son judíos, como el mismo Derrida y Geoffrey Hartman, de Yale. No obstante, la base sobre la cual es posible condenar los artículos de De Man sólo puede ser sólida cuando su lenguaje se refiere claramente a la realidad exterior, y cabe argumentar que el significado no es necesariamente indeterminado, que el sujeto existe y puede ser usado para dilucidar las intenciones de un autor y que la verdad es realmente importante. Es decir, si uno quiere ser serio.

El *establishment* humanístico se ha puesto a la defensiva en cuanto a sus propias actividades. En 1989, el American Council of Learned Societies publicó una larga declaración, "Speaking for the humanities", firmada por seis exdirectores de seis centros de humanidades universitarios, con la que se pretendía responder a las críticas de Allan Bloom, William Bennet —entonces secretario de Educación— y Lynne Cheney —director del National Endowment of the Humanities—, que afirmaban que el lugar tradicional de las humanidades se estaba viendo subvertido por los nuevos acontecimientos. En su defensa, y en tono moderado, los autores señalaban que "el pensamiento moderno nos ha vuelto —o debiera habernos vuelto— inseguros con respecto a las fronteras y límites del conocimiento" y que las ciencias sociales modernas han señalado "que todo pensamiento se desprende inevitablemente de puntos de vista, perspectivas e intereses particulares".

Es cierto, pero resulta sorprendente que el desarrollo de estas premisas haya fracasado. Aunque el pensamiento moderno ha ampliado las fronteras del conocimiento, y esto

amplía la naturaleza de las *experiencias*, lo cual es útil, no se enfrenta a los *juicios* que uno hace sobre las cualidades de dicho conocimiento ni a la forma en que éste se relaciona con los recurrentes y eternos dilemas morales de la humanidad. Y aunque el pensamiento se desprende de ciertos puntos de vista particulares, la *verdad* de una generalización no depende necesariamente de tal punto de vista. Nos enfrentamos aquí con una confusión epistemológica.¹ Pero, lo que es peor, la respuesta no dice nada sobre las declaraciones extremistas de Barbara Herrnstein Smith, Houston Baker, Stanley Fish y otros, que son destructores de las humanidades.

Inevitablemente, los arrolladores (globales y poco detallados) ataques contra el imperialismo cultural del canon, la clasificación arbitraria de la literatura y el conocimiento en masculino contra femenino, blanco contra negro, y la reducción de la literatura a "hegemonía" y "poder", han provocado amplios contraataques. Un libro de David Lehman sobre De Man y el deconstruccionismo, *Signs of the Times: Deconstruction and the Fall of Paul de Man*, ha desatado una amplia controversia y una nutrida pesca de almas en el mundo literario. El libro de Dinesh D'Souza sobre la "corrección política" fue elogiado en *The New York Review of Books* por C. Vann Woodward, el historiador norteamericano más respetado, y en *The New Republic* por Eugene Genovese, quien en tiempos fuera un historiador marxista radical de primera fila. El director de *Dissent*, Irving Howe —uno de los veteranos del radicalismo norteamericano y crítico literario en la tradición de Wilson, Trilling y Kazin— defendió el canon en un número especial de *The New Republic* en el que señalaba: "La Biblia, Homero, Platón, Sófocles, Shakespeare son centrales en nuestra cultura". En el libro *The Disuniting America*, Arthur Schlesinger Jr. —el escritor liberal más importante de la actual generación de los mayores— expresó su disenso frente a un informe del estado de Nueva York en el que se proponía un nuevo programa educativo multicultural. Decía ahí: "Considérese el canon literario de los Estados Unidos de hoy: Emerson, Jefferson, Melville, Whitman, Hawthorne, Thoreau, Lincoln, Twain, Dickinson, William y Henry James, Henry Adams, Holmes, Dreiser, Faulkner, O'Neill. ¿Lacayos de la clase gobernante? ¿Apólogos de los privilegiados y los poderosos? ¿Agentes del imperialismo norteamericano? ¡Vamos!".

Tal como Henry Louis Gates Jr. —que ha surgido como tal vez el más importante crítico de literatura negra de los Estados Unidos— ha escrito sobre la "Autenticidad" en el *Sunday Times Book Review* de Nueva York, una fuerte identidad étnica o sexual es parte integral de un escritor y "ninguna cultura humana es inaccesible para quien haga el esfuerzo de entender, conocer, habitar otro mundo".

VI

Los temas culturales que dominaban la vida intelectual norteamericana al mediar el siglo eran el modernismo y el marxismo. El modernismo ha sido asimilado en la historia cultural

¹ Desde luego, éste no es el lugar para abordar el tema. He intentado hacerlo en el "postfijo" a mi libro *The Reforming of General Education* (1965), que será reimpresso por Transaction Books en el invierno de 1992-1993.

y sus vertientes se han convertido en una simple cuestión de moda. Es improbable que hoy en día haya quien se tome en serio la expresión *avant-garde*. El mero término postmodernismo indica la falta de una definición coherente, y sus triquiñuelas se han convertido en la base de los lugares comunes de la televisión. El marxismo se ha diluido como esquema intelectual y algunas de sus facetas están comenzando a ser integradas en otras perspectivas de la sociología y la teoría política. Los años cincuenta conocieron un gran interés por el existencialismo y la religión, cuestiones propuestas por Sartre y Camus, Tillich, Niebuhr y Barth, pero hoy en día nadie discute sobre estos escritores. Los años cincuenta también conocieron un intento de comprender la complejidad de la vida norteamericana a través de una sofisticada crónica social que más tarde, a fines de los sesenta, fue engullida por el radicalismo y que ahora comienza a resurgir lentamente en obras como *The Promised Land*, de Nicholas Lemann (un estudio sobre la migración al Norte de unas cuantas familias negras).

Lo más sorprendente del radicalismo de los años sesenta son sus posiciones antiintelectuales y sus denuncias contra el imperialismo, pues lo que proponía era una mezcla contradictoria en la que se reunían la teoría leninista del imperialismo —que sostenía que el capitalismo se extendería por el mundo entero— y una teoría neomarxista según la cual el capitalismo impediría el crecimiento de los países periféricos con el fin de asegurar su dependencia. Es inútil buscar alguna innovación teórica de envergadura más allá del "análisis de sistemas mundiales" del capitalismo —llevado a cabo por Immanuel Wallerstein (bajo la inspiración de los trabajos históricos de Fernand Braudel)—, que predecía una revolución socialista a nivel mundial en el siglo XXI pero no podía dar cuenta del declive de la clase obrera internacional. (Tal vez el "proletariado externo" vuelva a alzar la cabeza.)

Lo que resulta sorprendente en la escena intelectual de hoy es que unas cuantas personas han comenzado a destacar como intelectuales que hablan ante un auditorio público y vasto. El sociólogo Charles Kadushin publicó en 1974 un libro, *The American Intellectual Elite*, en el que enlistaba a 70 escritores que habían sido señalados como "los intelectuales de mayor prestigio" en 1970. Del primer grupo, formado por once personas, cuatro han muerto, pero el resto mantiene su prominencia. Del segundo grupo, compuesto por diez, seis siguen siendo importantes, lo cual tal vez indica que empezaron a escribir, publicar y ganar reconocimientos a muy temprana edad.²

En los años setenta surgieron dos figuras relevantes en la izquierda —Christopher Lasch, historiador y moralista, y Eugene Genovese, historiador y durante un tiempo director

de *Marxist Perspectives*—, pero ambas están hoy desilusionadas. Lasch sigue mostrándose escéptico frente al liberalismo, se adhiere a la fe en el populismo radical pero a la vez elogia los ideales tradicionales de familia y religión. Genovese, más profundamente escéptico frente a cualquier credo, ha acabado por apreciar las virtudes de aquellos conservadores del Sur que escribieron antes de la guerra.

En la medida en que puede decirse que ha aparecido un grupo de intelectuales públicos, éste está formado en su mayor parte por periodistas que escriben con la hondura de los análisis históricos o filosóficos: George Will, columnista conservador; Leon Wieseltier, director literario de *The New Republic*; Gary Wills, crítico de la escritura del "Establishment" en *The New York Review of Books*; y Christopher Jencks, que antes escribía para *The New Republic* y ahora es profesor de sociología en la Northwestern University, quien además ha escrito los estudios más cuidadosos y exhaustivos sobre la pobreza y la desigualdad en los Estados Unidos.

Quizá lo más sorprendente sea que los historiadores radicales —como Sean Wilentz, de Princeton, o Richard Pells, de Texas— han mirado hacia atrás y han encontrado un nuevo gusto por un periodo de la vida intelectual antes despreciado: los años cincuenta y sesenta. En *The Liberal Mind in a Conservative Age* (1985), Pells dice:

[Dichos] intelectuales... compartían el desencanto frente al radicalismo político y cultural de los años treinta, además de la necesidad de plantear nuevas preguntas e investigar las nuevas tensiones de una sociedad "postindustrial"...

...su deseo de actuar como intelectuales libres... ofrecía una crítica de su propia sociedad más provocativa e imaginativa que la que uno podía hallar en los manifiestos de los años treinta o sesenta. A mi modo de ver, *The Origins of Totalitarianism*, de Hannah Arendt, *The Lonely Crowd*, de David Riesman, *The Organization Man*, de William Whyte, *The Affluent Society*, de John Kenneth Galbraith, *Growing Up Absurd*, de Paul Goodman, "Work and its Discontents", de Daniel Bell, *Against the American Grain*, de Dwight Macdonald, *The Liberal Tradition in America*, de Louis Hartz, *The Image*, de Daniel Boorstin y *The Power Elite*, de C. Wright Mills, constituyen un corpus de mejor calidad que cualquier otro conjunto de obras producido en los Estados Unidos en cualquier otro momento del siglo XX.

Hoy la vida intelectual norteamericana es a menudo vigorosa y académica en ciertos dominios específicos. El cambio más sorprendente ha ocurrido en el seno de la filosofía moral y política. Hace treinta años, estas cuestiones habían sido descartadas de la filosofía por un positivismo que las tachaba de emotivas o no sujetas a verificación. Pero los escritos filosóficos de los últimos años han puesto en duda la división emotivo/objetivo al tiempo que los debates sobre la Constitución han vuelto a traer a colación las cuestiones morales.

Richard Rorty se ha hecho un nombre repudiando la epistemología y adoptando el diálogo como forma más significativa del discurso. Hillary Putnam ha propuesto una base modificada para el realismo y Bernard Williams (transatlántico desde que pasa la mitad del año en Berkeley) ha propuesto un escepticismo radical en ética. Hay otras personas que se han ganado un lugar de respeto público: Thomas Nagel en

² El primer grupo, formado por once personas (dos de ellas empujadas en el décimo puesto), se enuncia a continuación en orden alfabético. Un asterisco antes de un nombre indica, tristemente, que la persona ha muerto: Daniel Bell, Noam Chomsky, John Kenneth Galbraith, Irving Howe, *Dwight MacDonald, *Mary MacCarthy, Norman Mailer, Robert Silvers, Susan Sontag, *Lionel Trilling, y *Edmund Wilson.

El segundo grupo enlista a los escritores que ocupan los puestos comprendidos entre el 11 y el 20: *Hannah Arendt, Saul Bellow, *Richard Hofstadter, *Paul Goodman, Irving Kristol, *Herbert Marcuse, Daniel Patrick Moynihan, Norman Podhoretz, David Riesman y Arthur Schlesinger Jr.

cuestiones morales, Charles Taylor por sus ideas sobre la naturaleza del sujeto y Judith Shklar por sus estudios sobre el papel de las virtudes comunes.

En el terreno legal, la candidatura de Robert Bork a la Suprema Corte provocó un acalorado debate público cuando éste —que fuera profesor de Yale— discutió la extensión del enfoque constitucional a las cuestiones privadas. Ronald Dworkin y Laurence Tribe se ocupan de asuntos públicos, a menudo en las páginas de *The New York Review of Books*. Algunos de los comentarios más vigorosos sobre temas legales han procedido de una serie de escritores conservadores —como Richard Epstein y John Hart Ely— y de algunos magistrados, también conservadores, que ocupan puestos importantes —como Antonin Scalia, de la Suprema Corte, Frank Easterbook y Alex Kozinski, de las de apelaciones, y el prolífico Richard Posner, que ha abierto brecha al aplicar el pensamiento económico a cuestiones legales.

Los economistas se lanzaron a la arena pública hace ya tiempo. Algunos premios Nobel —como Paul Samuelson, Milton Friedman, Robert Solow y James Tobin— se han ocupado profundamente de las cuestiones de política pública, como muchos otros, aunque ninguno más sorprendentemente que Jeffrey Sachs —un joven de Harvard, de 36 años—, que ha sido un importante consejero de los gobiernos polaco y ruso en su conversión a la economía de mercado. Con todo, aunque la política pública está íntimamente entrelazada en los análisis económicos de estos autores, sus resoluciones son de orden más técnico que ideológico y rara vez se extienden, como ocurriría con su debate hasta hace una década, sobre esferas intelectuales más amplias.

La teoría literaria —no las vulgares correrías por la sociología pop— prácticamente se ha vuelto hermética. En el estudio que realizara hace casi veinte años, Kadushin enlistó 33 revistas leídas regularmente por los intelectuales de elite que conformaban su muestra. La circulación de la mayoría de ellas —*Commentary*, *The American Scholar*, *Daedalus*, *Partisan Review*— ha descendido drásticamente; sólo *The New York Review of Books* ha mantenido un público amplio. Si uno intentara descubrir cuáles podrían ser las revistas literarias más importantes de este momento, se encontraría con que muy pocas merecen el respeto del público fuera del ámbito literario, e incluso es dudoso que sean leídas fuera de él.³

Pero hay más. Los críticos que hace unos cuarenta años escribían para el "lector común" inteligente —como Edmund Wilson, Lionel Trilling, Alfred Kazin o Irving Howe— son hoy despreciados por los teóricos literarios como "amateurs", pues uno no encuentra en sus escritos las necesarias, recién dadas referencias a Greimas, Propp, Lottman u otras fuentes esotéricas, fonológicas o semiológicas, ni ningún otro rastro gnóstico que conduzca a la guarida del Minotauro. Umberto Eco no tiene contraparte en los Estados Unidos.

No se trata sólo de que la especialización haya fragmentado el mundo intelectual, sino de que uno halla ahora comu-

nidades bien establecidas que atienden sólo a sus propios problemas y, a veces, a sus propias ideologías. El ejemplo más obvio lo constituye el cúmulo de críticos feministas que han intentado reinterpretar desde su particular punto de vista una enorme y rica gama de escritos —pienso en la crítica académica de personas como Elaine Showalter (Princeton), Catherine Stimpson (Rutgers), Patricia Meyer Spacks (Yale) y Barbara Johnson, aunque debo añadir que una escritora de gran fuerza, Helen Vendler (Harvard) ha protestado contra los excesos.

El otro campo donde existe un grupo bien establecido es el de los intelectuales negros. Hace veinte o treinta años, la idea de que existía una sensibilidad específicamente negra se expresaba casi siempre en términos nacionalistas, más poéticos que académicos. Durante los últimos años ha surgido, sobre todo en las universidades, un grupo de jóvenes pensadores negros que han comenzado a debatir seriamente cuestiones de identidad, acción afirmativa, coherencia grupal, etc. Orlando Patterson, un sociólogo de Harvard, ha señalado que los negros no pueden sostener que han sido mutilados psicológicamente debido a una desventaja histórica y reclamar al mismo tiempo el derecho a competir en situación de igualdad con los blancos. William Julius Wilson, de Chicago, ha argumentado que es la clase, no la raza, lo que mejor explica la persistente pobreza de los negros. Los economistas negros de tendencia conservadora —como Thomas Sowell y Glenn Loury— rechazan los programas gubernamentales de bienestar social arguyendo que son más perjudiciales que útiles para la comunidad y la familia negras. Stephen Carter, de Yale, ha puesto en duda la vigencia de la acción afirmativa. Por otra parte, Randall Kennedy, de la escuela de leyes de Harvard, ha fundado una nueva revista, *Reconstruction* (cuyo nombre proviene del de la revista que fundó el pensador negro más importante del siglo, W. E. B. Du Bois), con el fin de ofrecer un foro donde debatir todas estas cuestiones. Puede ser que Henry Louis Gates Jr. —un crítico listo y talentoso, que se encuentra a sus anchas lo mismo en la jerga terminológica literaria que en los foros públicos y actualmente enseña en Harvard— sea hoy el centro de los estudios afroamericanos, al menos en la medida en que ha sido nombrado jefe del Instituto Du Bois y de los programas de postgrado en Harvard.

Los problemas son la particularidad y el parroquialismo. Las pretensiones en cuanto a la existencia de sensibilidades particulares son siempre herméticas —como todas las pretensiones de lenguajes exclusivos en filosofía—, a menos que entre los escritores y los lectores de grupos diferentes exista un entendimiento público y común; de otro modo uno se ve arrojado, como en los viejos debates teológicos, entre Marciano, Mani y Mitra, o entre los monofisistas y los nestorianos, o bien colgado del diptongo que separaba *Homoousions* de *Homoiousions* en la guerra de las sectas.

El parroquialismo representa el colapso de la amplia comunidad intelectual que había existido durante los años en que hubo una *lingua franca*. Hace unos cincuenta años, los intelectuales norteamericanos todavía se afanaban por compartir la vida cultural de otros países y mantener relaciones con la cultura europea. Ello se debió en parte a la enorme influencia que tuvieron los europeos, durante el nazismo y la Segunda Guerra Mundial, en todos los terrenos (en literatura,

³ Quien esto escribe preparó una lista de revistas después de pedir a varios editores de libros que le señalaran las más importantes. Son: *Critical Inquiry* (Chicago), *South Atlantic Quarterly* (Duke), *Diacritics* (Cornell), *New Literary History* (Johns Hopkins), *Representations* (Berkeley), *Raritan* (Rutgers). *Critical Inquiry*, que fue señalada como la más importante, sólo circula entre los WHAT [...]

pintura y música tanto como en las ciencias), con lo que la vida de los Estados Unidos conoció un cosmopolitismo que nunca antes había tenido. Consistía en parte en cultivar el mito de la generación de Hemingway/Fitzgerald, que buscaba escapar de las estrechuras de la vida provinciana norteamericana, y en parte en la insaciable curiosidad de los intelectuales de Nueva York, hijos de una generación de inmigrantes, quienes reclamaban para sí, como herencia legítima, la cultura europea. Pero ahora todos estos ímpetus y curiosidades han desaparecido. Pocos escritores norteamericanos conocen los nombres de sus contrapartes en Francia, Italia o Alemania. Los intereses profesionales se han multiplicado y en muchos campos han aumentado los viajes y los contactos profesionales, pero las ligas culturales han disminuido. Mirada desde un amplio punto de vista, la vida cultural está marcada por una sensación de agotamiento. La generación de Faulkner y Cummings, modelada por la primera guerra mundial, y la de Bellow y Malamud llegan a su fin y ya sólo Philip Roth se lanza a la heroica empresa de introducir escritores de la Europa central en los Estados Unidos. Los escritores norteamericanos de mediana edad —como Pynchon y Salinger— se han retirado, a veces al mundo del silencio. Los más jóvenes, los de la generación posterior a Vietnam —un Don de Lillo, un Robert Stone o un Michael Her—, alimentados todavía por la furia, insisten en una fantasmagoría de la vida norteamericana. Para el resto quedan las triquiñuelas minimalistas —de una Ann Beattie, digamos— o los afanes de *Vanity Fair*.

Tal vez ya no queden sorpresas en el mundo de la cultura, como la confusión, trabucación, tropezo que testimonia el postmodernismo. Así como se habló del fin de la ideología, e incluso del fin de la historia, existe también el tema (enunciado por Arthur Danto) del fin del arte. Pero en la tradición humanística, e incluso en la filosofía de Hegel, el concepto de *fin* no significaba la desaparición de las formas, sino del tiempo, y la reintroducción de la filosofía, o forma realizada. Con todo, uno escucha decir que las nuevas aventuras tecnológicas — *mixed media*, imágenes generadas por computadora, yuxtaposición radical de materiales, realidad virtual— abrirán nuevos horizontes. Sólo que uno recuerda a aquel viejo radical que solía proclamar que el comunismo estaba en el horizonte... hasta que le dijeron que el horizonte es una línea imaginaria que se aleja a medida que uno se aproxima a ella.

Esto es pasado y presente. El futuro, sin embargo, podría ser inmensamente distinto, ya que los Estados Unidos están cambiando de maneras muy distintas de las que conocíamos hasta ahora. Aparte del persistente problema de la pobreza y de las tensiones raciales, puede ser que ahora mismo se esté operando un deshilachamiento de la clase media, lo mismo que una erosión de sus cómodas expectativas sobre el futuro de los Estados Unidos.⁴ Como ha escrito Robert Solow:

⁴ Sobre "el futuro" escribí en *Daedalus*, número del verano de 1987: "Sociológicamente, el acontecimiento más significativo es la desintegración de la idea de clase media. El término 'clase media' fue siempre amorfo, aunque tenía realidad psicológica por la manera en que la mayoría de las personas se definían a sí mismas dentro de la sociedad norteamericana. Sin embargo, hay pocas bases firmes hoy para una autodefinición de esa clase. La disolución de

esta generación puede ser la primera de los Estados Unidos que deje a sus hijos más pobres de lo que ella misma ha sido.

La recesión actual es nueva y desconcertante para la historia social norteamericana, pues es la primera donde los segmentos administrativos medios y los trabajadores "de cuello blanco" han sufrido desempleo y entre sus perspectivas está la de que quizá no logren recuperar su antigua posición. El desempleo entre la clase obrera se ha visto amortiguado gracias a que el sistema de apoyo familiar se ha extendido a primos y otros parientes. La clase media, más nuclear, ha carecido en cambio de un sistema de apoyo similar y ha dependido de sus propios ahorros. A medida que estos ahorros comienzan a disminuir, e incluso a evaporarse, las perspectivas parecen más terribles.

Es probable que en algún momento se produzca una recuperación económica. Pero, así como se ha encogido la base tradicional de la industria norteamericana, así mismo el proceso podría extenderse a los sectores sociales de servicios, finanzas y educación. En resumen, los cimientos económicos de la cultura están comenzando a mostrar fracturas, lo cual revela una crisis de confianza en el futuro mismo de la sociedad. □



la familia tradicional ha significado que los ingresos reales de la clase media se han sesgado —y estas diferencias habrán de continuar. Se ha vuelto difícil hacerse de una casa, lo cual había representado la base más sólida de los últimos cuarenta años. El constante aumento en el precio de los servicios, especialmente grave para las mujeres que trabajan, hacen que uno se pregunte qué significa el "estándar de vida de la clase media". (El subrayado es del original.)

Lo que restaba de la larga sección se preguntaba por el tipo de reacciones psicológicas que podrían tener las personas al enfrentarse a estas nuevas condiciones, a la naturaleza de una nueva política de tener y no tener, al aumento de los sentimientos populistas y a la polarización de la sociedad. No hago predicciones. Sólo puedo expresar temores.